

La pesadilla de Galbraith

XAVIER BATALLA

LA VANGUARDIA, 20.09.08

Alexander Hamilton, uno de los más grandes secretarios de Estado, murió en un duelo en 1804, pero sus ideas económicas aún siguen siendo utilizadas por quienes en Estados Unidos, la tierra prometida del libre mercado, pretenden controlar la mano invisible. En un informe de 1791, Hamilton se mostró partidario de que el Gobierno protegiera la industria estadounidense hasta que fuera lo suficientemente fuerte para enfrentarse al poderío británico.

Desde entonces, la democracia estadounidense ha estado sometida a dos fuerzas contradictorias: por una parte, la profunda desconfianza conservadora hacia el intervencionismo gubernamental; por otra, la confianza liberal (al contrario que en Europa) en el gobierno como garantía de libertad, seguridad y bienestar. El economista John Kenneth Galbraith ha dejado escrito que el liberal Franklin Roosevelt, con su intervencionismo en la economía, salvó el sistema estadounidense después de la gran depresión. Y ahora, los partidarios de Barack Obama dicen que las elecciones del 4 de noviembre serán las más decisivas desde 1932, cuando Roosevelt ganó la presidencia. "Somos el partido de Roosevelt", dijo Obama el 29 de agosto.

Galbraith tuvo un sueño y una pesadilla. Algunos estudiosos desestiman los sueños como origen del cartesianismo, ya que les resulta incómodo aceptar que el sistema filosófico de Descartes, el gran racionalista, empezara con algo tan aparentemente irracional. Pero los sueños de Descartes quizá no fueron tan irracionales, por cuanto el padre de la

filosofía moderna realizó su gran descubrimiento antes de soñarlo. De Galbraith puede decirse tres cuartos de lo mismo: una pesadilla le hizo soñar.

Galbraith fue un economista de la era del gran gobierno. Es decir, lo opuesto a la economía estadounidense de finales del siglo XX y principios del siglo XXI, cuando lo ortodoxo ha sido la utilización de los modelos matemáticos para concluir que el mercado por sí solo hace bien el trabajo. Por eso Galbraith, que combatió su pesadilla de que la economía más eficiente es la que obedece a la mano invisible, vio a Estados Unidos como una posible socialdemocracia que se había extraviado por el camino.

La política estadounidense conoció grandes transformaciones en el siglo XXa resultas de una serie de graves crisis económicas. La gran depresión de 1929, por ejemplo, convenció a quienes hasta entonces se habían beneficiado del ascensor social de que también podían ir hacia abajo; a la clase media, de que sus intereses no eran contradictorios con los de la clase baja, y a los empresarios, de que necesitaban al gobierno como posible red de salvación. El resultado fue el new deal (nuevo pacto social) de Franklin Roosevelt, que significó el inicio de una larga era dominada por las ideas de los demócratas. Esa fue la etapa, especialmente cuando los republicanos se autodestruyeron con Barry Goldwater, en la que Galbraith vio a Estados Unidos más cerca de su sueño de la gran sociedad. Pero los sueños, como las pesadillas, suelen ser temporales.

En la década de 1980, con Ronald Reagan en la Casa Blanca, comenzaron a eliminarse los controles sobre el sistema financiero y la clase media

dejó de temer un súbito empobrecimiento a causa de otra gran depresión, al tiempo que ya no se decía tan convencida de que sus intereses tenían que ser los mismos que los de la clase obrera. El resultado fue que el sur, que hasta entonces había votado demócrata, se hizo republicano.

Ahora, con el desastre económico de Bush, Galbraith se sentiría reivindicado. Pero ¿provocará la crisis actual la apertura de un ciclo político que meta en cintura a los sofisticados e incontrolados sistemas financieros? El candidato republicano, John McCain, que hace diez años dijo no a la regulación de los mercados, ahora dice sí. ¿Es el anuncio, entonces, de una vuelta al intervencionismo, al gran gobierno? Estados Unidos sigue considerándose la tierra de la movilidad social y de las oportunidades, donde la cuestión fundamental es ¿por qué no yo? El mito parece intacto.

Michael Kinsley ha analizado el comportamiento de los presidentes demócratas y republicanos desde 1959 (Politicians lie, numbers don't). Y, después de comparar diversos indicadores, los números cantan que los demócratas, que apechugan con el sambenito de derrochadores, han sido mejores en economía que los republicanos, quienes, al contrario de lo que predicen, son los que han gastado más desde 1959. Una gran ironía. ¿Debería, entonces, el electorado republicano preocupado especialmente por la economía votar demócrata para empequeñecer el gobierno?